

sas externas no nos dispensan de servir á Dios, pero nos ayudan á servirle bien. Mas no le serviremos bien, si no le servimos de la manera que nos ha prescrito.

Claro es, pues, que, sólo sirviéndonos de los medios de salvación de la Iglesia, serviremos mejor á Dios y trabajaremos con más seguridad en nuestra salvación.

5. El tesoro de Cristo y de los cristianos.— Ahora bien, esto no debe sernos difícil, cuando consideramos lo que debemos á nuestra adhesión á la Iglesia. Bajo este concepto, formamos todos parte de los que van á ganarlo todo y nada á perder. Cada uno sabe por múltiples experiencias lo que es él mismo. El que cree ser algo, se engaña. ⁽¹⁾ Si lo que cree que existe no es pura apariencia, es por lo menos algo de instable, algo de más perecedor que la vida, expuesto á peligros muy numerosos.

Sólo las obras y los dones de Dios pueden ser llamados por el hombre su verdadera propiedad, propiedad que ningún poder podrá arrebatarle, á menos que él mismo la rechace. Así, pues, si creemos que Dios nos ha dado á su único Hijo, ⁽²⁾ y que con Él nos lo ha dado todo, ¿cómo dudar que nos pertenecen inmensos tesoros, desde el momento en que nos ponemos en relación con Él? ¿Por quién, sino por nosotros, ha derramado sus lágrimas y su sangre el Hijo de Dios? Nos pertenecen su humanidad, su pobreza, su vida oculta, sus milagros, sus sufrimientos, su glorificación, y todo lo que ha producido de grande en sus santos. «Porque todas las cosas son vuestras, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean por venir; todo es vuestro. Y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.» ⁽³⁾ La sangre de los mártires, las fatigas de los misioneros, las prácticas de penitencia de los religiosos, las luchas de las vírgenes, las lágrimas de las viudas, los ejemplos, las limosnas, las fundaciones de los fieles, los servicios prestados á los enfermos, todo

(1) Gal., VI, 3.

(2) Rom., VIII, 32.

(3) I Cor., III, 22, 23.

esto nos pertenece. La superabundancia de los méritos de los justos, la intercesión de los santos, el poder inmenso de la Madre de nuestro Salvador, todo nos pertenece, porque somos de Cristo y Cristo es Dios.

Todo nos pertenece, pero sólo si somos de Cristo. ⁽¹⁾ Ahora bien, no somos de Cristo, si no estamos unidos á su cuerpo como miembros vivientes. La vía que conduce de los miembros á la cabeza y de la cabeza á los miembros, pasa siempre por el cuerpo. ⁽²⁾ Cristo, nuestro jefe, se ha formado en la Iglesia un cuerpo terrestre santo, ⁽³⁾ tan verdadero y tan viviente, que el que forma parte de esta Iglesia es carne de sus carnes y hueso de sus huesos. ⁽⁴⁾ Por Él, todo el cuerpo, con sus diferentes miembros, forman una unidad; por Él, cada miembro contribuye, según sus dones, al crecimiento y perfección del conjunto. ⁽⁵⁾ Con este cuerpo completó San Pablo lo que faltaba á la pasión de Cristo. ⁽⁶⁾ Cada uno hace todo lo que realiza para bien de toda esta Iglesia y de cada uno de sus miembros. Si un miembro sufre, sufren todos los demás, y si un miembro es honrado, todos los demás se regocijan de ello con él. ⁽⁷⁾

Ahora bien, todo esto no se aplica más que á los que son miembros vivientes del cuerpo de Cristo. La cabeza piensa, quiere y manda únicamente por medio de los miembros que pertenecen al cuerpo. El miembro que está separado de éste, no recibe del alma, por el corazón, ni alimento ni calor. Sólo por la Iglesia, las gracias de Dios se derraman sobre nosotros. El que no le está incorporado, es privado de la gracia. Los medios de salvación de la Iglesia

(1) Rom., VIII, 32.

(2) La fórmula que se quiere hacer pasar con mucha frecuencia por una idea genial de Schleiermacher, idea según la cual los protestantes buscan á la Iglesia por Jesucristo, en tanto que los católicos buscan á Jesucristo por la Iglesia, es, cuando se la examina detenidamente, una pura imposibilidad, aun haciendo abstracción de que pone á Jesucristo por debajo de la Iglesia, y le convierte en mero instrumento y en medio para hallar la Iglesia.

(3) Ef. V, 23 y sig.

(4) Ef. V, 30.

(5) Ef. IV, 16.

(6) Col., I, 24.

(7) I Cor., XII, 26.

son para el alma lo que las venas para el cuerpo. Allí donde éstas se agotan, desaparecen la fuerza y la vida. Tesoros inmensos son éstos que el cristiano llama suyos. Ahora bien, la Iglesia es el tesoro de Jesucristo, como el del cristiano. En su seno ha depositado el Salvador todas las gracias de su corazón, todos los méritos de su humanidad, el socorro recíproco de todos los que viven unidos con Él en el cielo y en la tierra. De ella recibe cada uno abundantemente lo que necesita. A ella le confía lo que ha hecho para los otros, vivos y muertos. En los primeros días de fervor del Cristianismo, se hubiera considerado como un insulto al fuero de la caridad, si alguien hubiese llamado suyos una parte cualquiera de los bienes temporales. Esto ha cambiado en el curso de los tiempos; pero lo que ha quedado á la Iglesia como signo distintivo de honor, por el cual se distingue de todas las sociedades humanas, es que, por lo menos los bienes espirituales de sus hijos, son comunes á todos, y que todos los cristianos reconocen un tesoro general de gracias. De ella saca cada uno lo que necesita para su salvación; en ella deposita cada uno sus méritos; por ella, la abundancia del uno aprovecha á la indigencia del otro. Por ella, uno de los miembros de Jesucristo procura á otro salvación y bendición, sin que se conozcan recíprocamente, y sin que sepan lo que mutuamente se han dado, antes del día del gran arreglo de cuentas. Por la Iglesia envían los fieles á las extremidades de la tierra, á los pobres caníbales alejados de la verdad, misioneros, oraciones y limosnas penosamente recolectadas. Por ella, envían los nuevos convertidos sus gracias, al transmitir á sus bienhechores, por sus manos, las oraciones que elevan al Padre de las misericordias, regenerados ya por una vida nueva, bienhechores que, quizás sorprendidos por la muerte en el intervalo, tienen doble necesidad de este socorro.

6. La adhesión á la Iglesia, como práctica de las virtudes sociales, morales y sobrenaturales.—Vese, pues, que la adhesión á la Iglesia no es un obstáculo para la re-

ligión. Al contrario, la piedad, el temor de Dios, la moral pública y la moral privada, jamás prosperarán sin esta adhesión. Bajo todos conceptos, la vida de la Iglesia es la flor del sentimiento cristiano, aun humano.

Ante todo, produce ciertas virtudes sociales, sin las cuales no podría existir la humanidad. Vosotros, ¡oh ricos!, no tenéis la menor idea de las tentaciones que se apoderan de las personas honradas, cuando os ven organizar vuestras partidas de caza, vuestros conciertos, vuestros bailes. Las puertas que se abren, si vale la expresión, por sí solas ante vosotros, se cierran ante ellos. ¡Ah, los pobres experimentan un sentimiento muy singular, cuando ven vuestra ociosa magnificencia y miran sus callosas manos! ¡Ah, si supieseis qué ideas cruzan entonces por la cabeza de un desgraciado! Pero si os ve arrodillaros humildemente ante el mismo confesonario en que también él se acusa de ser un pobre pecador al ministro de Jesucristo; si, como él, acudís también á recibir la ceniza sobre vuestras frentes en señal de penitencia; si ve que no os consideráis demasiado sabios para escuchar la doctrina de la salvación desde lo alto del púlpito, de la boca de un sacerdote, entonces desaparecen todas sus tentaciones.

Creednos, no os podéis imaginar la grande y saludable influencia que podéis ejercer sobre el mundo que se hunde, dando ejemplo de humildad, de caridad y de fraternidad, ejemplo que dais participando por modo activo de la vida de la Iglesia. El que conoce la situación del mundo, verá-se obligado á confesar que la virtud más conforme con la época consiste en cumplir, bajo este concepto, lo que la fe exige.

Además, la vida de la Iglesia contiene una multitud de virtudes internas que son soberanamente necesarias á cada uno para su propia persona. No podemos comprender cómo hay personas que condenan la adhesión á la Iglesia como la muerte del trabajo moral personal. Esto nos parece tan irracional, como si se quisiese exigir de todos los que han de atravesar el mar, que lo atraviesen á nado, porque

muchos se han ahogado atravesándolo en barcos. Puede ocurrir que uno interprete mal las exigencias de la adhesión á la Iglesia y trate de persuadirse de que puede ahorrarse todo trabajo personal, porque forma parte de esta sociedad; pero ¿hay que destruir por esta razón el navío de la Iglesia, y aniquilarlo, porque algunos no quieran aprovecharse de él? Que todos se sometan á la disciplina que reina en este navío, y muy pronto se convencerán de que, adhiriéndose á la Iglesia, deben practicar más virtudes de lo que en un principio se figuraban.

Si uno toma en serio la obediencia á la Iglesia y quiere ordenar su vida según su espíritu, debemos esperar hallar en él, sólo ya por esta razón, esfuerzos vigorosos y sinceros para llegar á la verdadera virtud. Nadie se somete á la Iglesia sin practicar la penitencia, la humildad y la obediencia. Poco es que uno se declare pobre pecador; mucho más es conducirse como pobre pecador, porque esto es más difícil; pero lo que más cuesta es dejarse tratar como pobre pecador, es decir, someterse al tratamiento de un hombre que prescribe al pecador, con autoridad divina, el ayuno y la penitencia.

Ahora bien, precisamente esta es la condición de su vuelta á Dios. El pecador, por el hecho de serlo, carece del derecho de tener relaciones con Dios; si esto le es de nuevo permitido, se debe á una gracia. Pero Dios pone á este favor la condición de que se sirva de la mediación de un hombre, al que ha trasmitido todos sus poderes. Si el hombre no hubiese caído, él mismo sería su sacerdote y podría dirigirse con toda seguridad directamente á Dios. Únicamente el pecado es el que ha hecho necesario un mediador entre él y Dios. Evidente es que la exigencia de adherirse á la Iglesia es dura para el hombre, que con tanto ahinco procura su glorificación personal. Contiene ella una confesión de nuestra propia culpabilidad; pero precisamente por esta razón es una de las bases más fundamentales de nuestra regeneración, porque la confesión de la falta es la condición preliminar de la curación.

La adhesión á la Iglesia no es, pues, otra cosa que la renuncia á la propia actividad moral. Atacar en uno la raíz del pecado, es decir, el orgullo, ya es ciertamente algo; someterse á la Iglesia, reconocer que sólo ella tiene el derecho de conducirnos á Dios, cumplir sus exigencias, á pesar de todos los ejemplos de desprecio que vemos en torno nuestro, no significa otra cosa que suprimir la especie de orgullo más refinado, á saber, la ilusión de la suficiencia personal. Esta es la única razón por la cual la adhesión á la Iglesia tiene tan gran valor.

Pero hay otra más importante por su aspecto sobrenatural. La actividad de la Iglesia es la misma que la de la gracia. Por consiguiente, no se contenta con facilitarnos la práctica de las virtudes humanas. Su empresa principal consiste ante todo en ayudarnos á conseguir nuestro fin sobrenatural. Nadie, sino la Iglesia, es capaz, ni nadie tiene el derecho de instruirnos sobre este punto, ni menos servirnos de guía y de sostén en esta materia. Sólo ella ha sido establecida por el Señor como guardadora y dispensadora de su doctrina revelada; sólo ella puede iluminar nuestra marcha en este camino. Á ella le ha confiado la gracia y los medios de la gracia, sin los cuales jamás seremos capaces de seguir el camino que se nos ha trazado. Adhiriéndonos á ella, nos elevamos por encima de la ceguera y de la debilidad de nuestra naturaleza. De aquí proviene ese sentimiento particular que experimentan todos los que se entregan por completo á ella. Es el sentimiento del prisionero, al que una mano firme y sólida arranca de su prisión y pone en libertad; es la arrogancia del excursionista, que, conducido por un guía experimentado, asciende á la cima de las más soberbias montañas; es la seguridad del soldado que combate bajo la dirección de un general invencible. La mano de la Iglesia nos conduce á la libertad, á las cumbres, á la victoria. Sólo en su escuela se aprende el arte difícil de sortear los peligros del mundo, para llegar al término supremo, que es la felicidad de los hijos de Dios.

7. La Iglesia, escuela para la vida terrestre.—Por otra parte, la Iglesia es, no sólo la escuela en que uno aprende á conocer el camino del cielo, sino también una escuela en que uno aprende á orientarse en esta vida. No basta que uno quiera únicamente el cielo. ¿Á quién, pues, debe ella conducir al cielo, sino á los que viven en la tierra? ¿Y cómo les abrirá las puertas de la eternidad, si rehusan seguir su dirección aquí bajo?

Parece que hoy más que nunca importa encargar por completo á la Iglesia la educación de este mundo. Un alejamiento tremendo de Dios domina hoy en la vida privada del mayor número, y aun más en la vida pública. Seguramente, menos es causa de él la maldad que quisiera arrojar del mundo todo lo que es divino, que la medianía y la tibieza. Seguramente que los que difunden el mal y destruyen el bien deliberadamente son el menor número. Muchos más son los que quieren el bien, por lo menos á medias, y que se dan por satisfechos si pueden hacerlo y moverse en la esfera de los hombres de rectas intenciones, entre los cuales encuentran, por lo menos, ejemplos, estímulos y aprobación. Pero desde que se encuentran en medio de la muchedumbre, empiezan á aullar como los lobos, y se arrojan con ellos sobre los corderos. En casa, desean tener criados cristianos, y se complacen en ver que sus mujeres y sus hijos siguen los preceptos de la fe. En la vida pública, ora se trate de cuestiones sociales ó políticas, ora de la enseñanza, de la educación, del arte, de la ciencia y de la Iglesia, hacen cuanto pueden para arrebatar al Cristianismo su influencia sobre el mundo. ¿Quién podrá llenar ese funesto abismo, en el cual amenaza caer la humanidad? Admitimos todavía que, en la vida privada del individuo, la devoción privada puede reparar muchas desgracias; pero, en la vida social y pública, sólo hay una curación posible, la vida de la Iglesia. Sólo cuando los espíritus, tan divididos entre sí, se asocien bajo la dirección de una autoridad reconocida como divina, será posible salvar la sociedad de una ruina completa.

Los contrastes que hoy sufre nuestra época han existido siempre en la tierra. No eran menores que hoy en la Edad Media; pero lo que entonces estrechaba la distancia que separaba del pueblo á la caballería, era la vida según el espíritu de la Iglesia. Todo estaba estrechamente unido á ella, caballería, asociaciones, fiesta, vida doméstica. En ella se encontraba reunido lo que estaba separado. En ella todos aquellos cuyos intereses eran opuestos, encontraban un campo en el cual latía siempre el corazón al unísono. En ella, los pobres y los oprimidos tenían ocasión de ver que sus opresores no se consideraban mejores y más grandes que ellos, por lo menos en las cosas de que todo en definitiva depende.

Preciso es volver á ella, si se quiere que reine de nuevo la unión en la sociedad. Preciso es que la Iglesia vuelva á convertirse en el lazo que una los contrastes violentos de que el mundo es testigo. Preciso es que la vida de la Iglesia vuelva á convertirse en la escuela en que aprendamos á renovar la tierra y hacer de ella el vestíbulo del cielo. En la vida de la Iglesia, es donde debemos aprender cómo debemos vivir en la tierra de un modo verdaderamente viviente, á la vez divino y humano, para vivir un día con Dios.

8. La Iglesia, escuela para el tiempo y para la eternidad.—Pero el estudio de esta ciencia constituye la empresa de la vida entera. El gran error de muchos consiste en creer que puede uno considerar terminada la educación tras cierto número de años rigurosamente fijos. Casi siempre la educación comienza tarde, y termina ordinariamente en el momento en que debería comenzar su mayor influencia. Entonces es cuando encuentran su aplicación con mayor frecuencia las palabras del poeta:

«Si el niño, como el pájaro, quiere abandonar demasiado pronto el nido, conviértese fácilmente en juguete de sus semejantes.»⁽¹⁾

(1) *Der Winsbeke*, 32, 1 y sig. (Haupt 13); cf. 50, 9 (19); *id.*, *die Winsbeke*, 9, 5.

La educación debería continuar toda la vida. La vida consiste en crecer y aprender. Inclínase hacia la muerte, cuando cesa el crecimiento. Sin duda que el niño disipado espera con impaciencia el momento en que recobrará toda su libertad, como el alumno perezoso la hora en que habrá terminado sus estudios; pero el anciano instruído por la experiencia de la vida, sabe que la educación debe comenzar en la cuna para terminar en la tumba. Ahora bien, todo esto se aplica, no sólo á la educación que es necesaria para ganarse la vida y para adquirir una formación terrena, sino, en grado mucho más elevado, á la educación para la vida eterna. Sin embargo, esta educación no puede continuarse indefinidamente. Toda educación debe tener su fin y terminar cuando uno llega á la mayor edad. Lo mismo ocurre con la educación dada por la Iglesia. La Iglesia tiene la satisfacción de poder enviar cada día gran número de sus hijos, por las puertas de la muerte, al Padre que está en los cielos, con el testimonio de que están bien educados y son dignos de la mayor edad para la eternidad. Triunfo es éste que los indemniza de muchas amarguras. Pronto están contados los que en el mundo han aprendido á convertirse en dueños de sí mismos. La Iglesia puede glorificarse de poseer millares de hijos, á los que puede presentar á Dios, que sondea los corazones, como mayores de edad, mayores de edad en el reino de la virtud, mayores para consigo mismos, mayores á los ojos de Dios. Son precisamente aquéllos que, en esta vida mortal, se han sometido con la mayor constancia á la educación de la Iglesia, aquéllos que mejor han adaptado su vida á la suya. En verdad que no es demasiado largo y penoso dejarse educar, durante una vida corta y perecedera, para conseguir la vida eterna.

CONFERENCIA XXIII

LA VIDA DE ORACIÓN

1. El misterio del lenguaje.—Uno de los principales beneficios que el hombre ha recibido de la liberalidad del Creador, es el don de la palabra, la cual es el signo de una vida más elevada, una manifestación de la inteligencia, y por esta razón, uno de los misterios más impenetrables. Con ella vertemos, en corazones compasivos, los sentimientos que tratan de ahogar el nuestro, y así dulcificamos nuestros dolores, al propio tiempo que aumentamos nuestra alegría. Con ella formamos nuestra inteligencia; con ella ilustramos á los ignorantes, consolamos á las almas angustiadas, y les indicamos el camino que conduce á la paz. Ella abre un abismo infranqueable entre el hombre y todos los otros seres, que en la serie de la Creación, se encuentran solamente un grado más bajo que él.

Después de haber creado ya millones de mundos, la Omnipotencia del Creador comenzó por establecer todo un nuevo orden de cosas en la vida perfumada de la planta. Pero, por superior que fuese á los soles y á las estrellas el mundo que comenzó por una brizna de yerba, el Creador no lo juzgó suficientemente bello para adornarlo con el don de la palabra. Después de la creación de la planta, creó otros seres más elevados; pero tampoco les concedió este favor. También este mundo, el mundo henchido de mariposas y de insectos, está condenado á una vida incompleta y triste, porque carece de lenguaje.

Sólo en los pájaros se encuentra, por primera vez en la escala de los seres creados, la voz, para anunciar, según